

Elefantes, Raíces del Cielo

242

PARIS (4, Dic.)—Romain Gary ha encontrado un maravilloso símbolo para expresar la angustiada situación de nuestra época: los elefantes. Son estos animales, como toda la naturaleza y como el hombre mismo, una "raíz del cielo", tal cual los llaman los musulmanes. Y "Las raíces del cielo" ("Les Racines du Ciel") es el título de la novela que Gary ha escrito, que Gallimard ha publicado y que el jurado del Premio Goncourt acaba de elegir por mayoría como merecedora de la más estimada recompensa literaria de Francia.

Decir elefantes es pronunciar un anacronismo... ¿Sucederá lo mismo con la libertad? Si ella, como los grandes y purísimos paquidermos, está a punto de morir, ¿aceptaremos, sin más, que desaparezca de la faz de la tierra? He aquí el juego de esta narración —cuyo estilo mezcla sabiamente el de Malraux y el de Faulkner—, en cuyos sucesos está implícita una patética alegoría y cuyo sentido final es una grave interrogación sobre el porvenir humano que el presente anuncia.

"Defiendo —ha dicho Gary en boca del principal personaje de su relato— todas las raíces que Dios ha plantado, para siempre, en el alma humana..." Es, en el fondo, lo que el prefacio del libro afirma: "La historia de este siglo ha probado de una manera definitiva —en mi familia, seis muertos sobre ocho, y entre mis compañeros aviadores de 1940, cinco sobrevivientes sobre doscientos— que la coartada nacionalista es siempre invocada por los sepultureros de la libertad, que ningún derecho de la persona humana es tolerado a lo largo de los caminos triunfales de los "constructores para mil años", de los "geniales padres de pueblos" y de las espadas del Islam, y que con un poco de habilidad, un buen partido, una buena policía, es fácil disponer de un pueblo en nombre del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos."

En pocas palabras, se trata de una defensa de la libertad individual, de la tolerancia y de los derechos humanos. Y precisamente es aquí donde conviene el símbolo elefantiásico. ¿Son esos principios semejantes a los enormes sobrevivientes de las primeras eras geológicas, y se hallan, como ellos, en trance de perderse? Hay que rebelarse contra quienes están empeñados en matar a la libertad y al progreso como si se tratara de aquellas nobles bestias que deambulan, crepusculares ya, por las selvas.

La anécdota de la novela cuenta cómo un ciudadano francés, de apellido Morel, que vive en un punto del Africa gala, en compañía de una banda de idealistas, se propone salvar a los elefantes de la amenaza de dos implacables frentes: las tribus negras que buscan su preciosa carne y los cazadores blancos que ansían su valioso marfil. La revuelta es una locura y, a la postre, Morel y los suyos sucumben bajo el fuego de los nacionalistas africanos. ¿Es el fin de las "raíces del cielo", sean elefantes o libertades?

La noticia de su lauro le ha llegado a Gary a La Paz, en donde desempeña tareas de diplomático. Mientras su nombre aquí alcanza la gloria —pues el premio que su libro ha merecido es consagratorio—, él ha pergeñado un cable, dirigido a Roland Dorgelés, Presidente de la Academia Goncourt, cuyos términos son significativos: "Lamento profundamente que las circunstancias me tengan alejado de París en esta memorable ocasión. Guardo la inquebrantable esperanza, a pesar de las nuevas tentativas de exterminación de que son objeto los elefantes, que pronto ellos reiniciarán en el mundo su marcha triunfal". Ya sabemos qué quiere decir, pues elefantes, a partir de "Les Racines du Ciel", significará todo aquello que el pensamiento retrógrado no quiere que se diga.

Sebastián Salazar Bondy